



III Domingo de Cuaresma, ciclo A

Fr. David Rosenberg

Instituto de Dirección Espiritual

Síguenos en: <http://www.ISDministries.org/>

"...nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el salvador del mundo" Juan 4:42

En el Evangelio del segundo domingo de Cuaresma del domingo pasado, Jesús ascendió a un monte alto y santo, llevándonos a nosotros, su círculo íntimo de discípulos, con Él. Este es un lugar donde Él y su Padre están en amorosa comunión. Esta semana seguimos a Jesús hasta su encuentro con la Samaritana en el Pozo de Jacob. Jesús pide agua de este pozo para saciar su sed. Jesús le ofrece el Agua de la Vida Eterna. Al principio, la mujer se muestra escéptica, hasta que Jesús le cuenta la historia de su vida, que seguro que la incomodó mucho.

Este Evangelio tiene mucho que decir sobre el agua y lo importante que es en nuestra vida cristiana, desde el acontecimiento del Éxodo y el Mar Rojo, hasta Juan el Bautista y el río Jordán; hasta nuestra nueva vida espiritual de gracia a través del proceso de regeneración del Río de la Vida y las aguas eternas del bautismo.

Este Evangelio debería inspirarnos, a través del encuentro entre Jesús y la mujer, a reflexionar sobre los niveles más profundos de nuestra vida cristiana. El pozo de Jacobs tiene agua que sacia temporalmente. Pero se nos invita a explorar las profundidades interiores del agua viva. "Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo daré no tendrá sed jamás; el agua que yo daré se convertirá en él en un manantial de agua que salta hasta la vida eterna".

Mientras sus discípulos "habían ido a la ciudad a comprar comida", a nosotros se nos invita a quedarnos, donde se nos ofrecerá la llave de la vida eterna. Al escuchar este Evangelio, los siglos se despojan de nosotros al sentir la presencia de Jacob y de Jesús: Jacob -- la promesa de un Mesías, y Jesús -- el Mesías. Podemos empezar a reflexionar sobre cómo el agua ordinaria es como la adoración en un sentido mundano, mientras que el agua viva es como los niveles espirituales más profundos de la auténtica adoración.

Mientras nos acomodamos en este largo Evangelio, tenemos una elección: sentarnos en una inquietud desenfundada, o entrar intencionadamente en la quietud, donde podemos oír la voz susurrante del Señor. Es en la quietud donde podemos sentir de nuevo una serie de epifanías del amor de Dios y de su plan para nosotros a través de Jesús.

En cada Misa pedimos al Espíritu Santo que nos conceda un encuentro vivo con Cristo. Pero, como la mujer en el pozo, puede que no estemos preparados para ese encuentro. Podría hacernos sentir muy incómodos. Pero una vez que nos enfrentamos a nosotros mismos con honestidad, y escuchamos lo que Jesús tiene que decir, como Dios Padre nos ordenó en la Montaña Santa la semana pasada, el estrés y la culpa y la oscuridad desaparecen; entonces buscamos las Aguas de la Vida Eterna. Jesús le dijo: "Si conocieras el don de Dios y quién te dice: 'Dame de beber', se lo habrías pedido y te habría dado agua viva". La mujer debería provocar en nosotros la misma petición: "Señor, dame esa agua, para que no tenga sed ni tenga que seguir viniendo a sacar agua". Como esta Mujer, Jesús nos pide que le hablemos de nuestro pasado pecaminoso. Un pasado pecaminoso que él ya conoce. Pero quiere que lo confieses. Con valentía, para que seas liberado y por fin no tengas vergüenza.

La mujer dejó su cántaro de agua y dijo a la gente: "Venid a ver a un hombre que me ha contado todo lo que he hecho. ¿Será acaso el Cristo?" Nosotros también estamos llamados a dejar atrás nuestras redes de seguridad mundanas, e ir a hablar a todo el que quiera escuchar de esta agua viva, que brota para vida eterna.

Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria, llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. Ahí estaba el pozo de Jacob. Jesús, que venía cansado del camino, se sentó sin más en el brocal del pozo. Era cerca del mediodía.

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. (Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Porque los judíos no tratan a los samaritanos). Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva”.

La mujer le respondió: “Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo, ¿cómo vas a darme agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?” Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”.

La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla. Ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte y ustedes dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”.

Jesús le dijo: “Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos. Porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”.

La mujer le dijo: “Ya sé que va a venir el Mesías (es decir, Cristo). Cuando venga, él nos dará razón de todo”. Jesús le dijo: “Soy yo, el que habla contigo”.

Muchos samaritanos de aquel poblado creyeron en Jesús por el testimonio de la mujer: ‘Me dijo todo lo que he hecho’. Cuando los samaritanos llegaron a donde él estaba, le rogaban que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron en él al oír su palabra. Y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el salvador del mundo”.

El Evangelio del Señor.

Te alabamos, Cristo Señor.